



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 14

CTX 113 CRISTOLOGÍA

Sobrino, Jon. “La verbalización de la experiencia cristológica”. En *La fe en Jesucristo: ensayo desde las víctimas*, 458-464. Madrid: Trotta, 1999.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

2.2.3. La verbalización de la experiencia cristológica

El camino y la entrega constituyen la experiencia cristológica, la cual es como un reverbero categorial de la experiencia última de la fe. Desde esta perspectiva las fórmulas, en definitiva, verbalizan experiencias. La experiencia es fuente de conocimiento, es «previa de alguna manera a la cristología «metafísica»»⁴⁵. Y sin esa experiencia el lenguaje sería puro fonema.

La experiencia precede a la verbalización, pero ésta, a su vez, sigue a aquélla por necesidad. La realidad siempre quiere verbalizarse, pugna por «tomar la palabra». Las verbalizaciones cristológicas han sido variadas a lo largo de la historia. Pueden ser densamente conceptuales, como las de los concilios; pueden ser lingüística y conceptualmente sencillas: «pasó haciendo el bien [...] porque Dios estaba con él» (Hech 10, 38); o pueden ser sofisticadas, como la siguiente de K. Rahner:

Dios se me ha prometido a sí mismo en Jesús total e irrevocablemente y esa promesa ya no puede ser superada ni revisada a pesar de las infinitas posibilidades de que Dios dispone; él ha puesto una meta al mundo y a su historia, una meta que es él mismo, y esa posición no es sólo algo presente eternamente en el pensamiento de Dios, es algo instaurado por Dios mismo ya dentro del mundo y de la historia, es Jesús, el crucificado y el resucitado⁴⁶.

Desde América latina la experiencia puede verbalizarse con la sencillez de Puebla: hay una búsqueda del «rostro siempre nuevo de Cristo que llena su legítima aspiración a una liberación integral» (n. 173). O puede decirse que en Jesucristo ha aparecido irrevocablemente «la buena noticia del mediador definitivo del reino de Dios para los pobres».

Aunque necesaria, cualquier verbalización debe ser autocrítica. El lenguaje cristológico, visto desde la fe, tiene que permitir, a la vez, que Dios lo asuma y lo destruya para decirse a sí mismo⁴⁷. E incluso debe ser consciente de su posible utilización pecaminosa, lo que ocurriría, por ejemplo, si las fórmulas (bíblicas, dogmáticas, modernas) fuesen leídas de modo que desviarán la atención del Jesús de Nazaret vertido a los pobres (el problema más perenne), o de lo humano a la manera femenina, a la manera no occidental, o de modo que excluyeran eficazmente el reino, el poder del antirrei-

45. K. Rahner, *¿Qué debemos creer todavía?*, p. 111.

46. *Ibid.*, pp. 111s.

47. Cf. J. I. González Faus, *Acceso a Jesús*, Salamanca, 1983, pp. 206s.

no, etc., o de modo que desviarán la atención de que Cristo es iniciativa de Dios...

Lo que, en definitiva, puede superar la limitación de cualquier verbalización es la experiencia cristológica —el seguimiento y la entrega— porque ofrece un referente real: la reproducción de la vida y el destino de Jesús. Y sólo de esa manera tendremos algún asidero ante el «vértigo metafísico»⁴⁸ que producen las fórmulas cristológicas conciliares. A su vez, la experiencia cristológica debe ser cotejada con las formulaciones bíblicas y dogmáticas para encontrar en ellas tanto cuestionamiento como ánimo. Como siempre, estamos ante un círculo hermenéutico. Pero el círculo se rompe por aquello que lo originó: la experiencia que produce en el creyente el seguimiento de Jesús y la entrega a Jesús.

Y digamos, por último, que cuando una realidad es buena noticia surge una necesidad específica de verbalización: la buena noticia produce gozo y agradecimiento, y el agradecimiento no puede permanecer mudo para siempre. Cuando la verbalización cristológica proviene del agradecimiento, entonces está recogiendo *in actu* la dimensión de buena noticia que tiene Jesucristo. Y, a la inversa, si así no fuese, si no hubiese agradecimiento, las formulaciones tratarían de expresar la realidad de Jesucristo para esclarecerla ante conceptualizaciones limitadas o peligrosas, pero dejarían de lado su ser buena noticia —problema más grave, probablemente, que el de la ortodoxia.

2.3. Seguimiento y Espíritu en el conocimiento de Cristo

Hemos insistido en que para alcanzar el conocimiento de Jesucristo se necesita de un *camino*, el del seguimiento, y de la *entrega* de la persona, y el presupuesto es que en ese camino existe algún tipo de afinidad. Pero en la teología de Juan el que muestra la verdad de Jesús y el que introduce en toda verdad es el Espíritu. El problema, entonces, es ver cómo convergen seguimiento y Espíritu en el conocimiento de Jesucristo. Nuestra tesis puede formularse así: el seguimiento de Jesús es el *cauce* que hay que recorrer (dimensión cristológica), y el Espíritu es la *fuerza* para recorrerlo actualizadamente (dimensión pneumatológica).

Seguimiento y Espíritu no coexisten de forma yuxtapuesta, no pueden generar dinamismos distintos, por supuesto, y menos aun contrarios. Son, más bien, realidades convergentes que responden a distintos ámbitos de realidad. El seguimiento es la estructura de vida,

48. K. Rahner, *¿Qué debemos creer todavía?*, p. 111.

el *cauce* marcado por Jesús por el cual caminar, y el Espíritu es la *fuerza* que capacita para caminar real y actualizadamente dentro de ese cauce a lo largo de la historia. Por ello, más que de seguimiento, hay que hablar de *pro-seguimiento*, y desde ahí la totalidad de la vida cristiana puede ser descrita como «pro-seguimiento de Jesús con espíritu». El «seguimiento» remite al cauce de la vida real configurado por la vida de Jesús. El «con espíritu» remite a la fuerza para el caminar real. Y el «pro» remite a la necesidad perenne de actualización y a la apertura a la novedad del futuro.

El Espíritu no inventa, por así decir, la estructura del seguimiento a lo largo de la historia, sino que esa estructura ya está dada en Jesús. En conceptualización de I. Ellacuría, lo fundamental de esta estructura puede ser descrito como «hacerse cargo» de la realidad (el estar activamente en la realidad: la *encarnación*), «encargarse de la realidad» (anunciar el reino y combatir el antirreino: la *praxis*, la *misión*), «cargar con la realidad» (con lo oneroso de la realidad, conflictos, persecución: la *cruz*), «dejarse cargar por la realidad» (la gracia utopizante: la *resurrección*).

Esto es lo que hay que rehacer en el seguimiento, y eso nos viene dado por Jesús. «Convencernos de eso» ante la tentación de ignorarlo o tergiversarlo, y rehacer actualizada, no mecánicamente, la estructura de la vida de Jesús es la acción del Espíritu. El nos retrotrae siempre a Jesús de Nazaret y nos revela la verdad de Cristo a lo largo de la historia. El seguimiento no tiene por qué sofocar el Espíritu⁴⁹, sino que lo necesita, de modo que ambos se remiten mutuamente.

Hoy, cuando proliferan movimientos que se remiten al Espíritu, más como expresión de lo extraordinario y esotérico que como la realidad de la que está transido el seguimiento de Jesús, cuando parece que es invocado a veces —dicho con todo respeto— como un *deus ex machina*, más que como el Espíritu del Dios de Jesucristo, es importante recalcar la tesis: el Espíritu da fuerza para el seguimiento, pero el seguimiento —y no realidades esotéricas— es su lugar propio. El camino que lleva al conocimiento de Jesucristo es el «se-

49. Insignes seguidores de Jesús han estado —a la vez— abiertos al Espíritu y su novedad. Francisco de Asís quiso ser sólo *repetitor Christi* y practicar el evangelio «sin glosa»; sin embargo introdujo una gran novedad en la historia social y eclesial. D. Bonhoeffer, insigne teólogo del seguimiento, aportó novedades insospechadas: «vivir *etsi Deus non daretur*», llamar a Jesús «el hombre para los demás», y en lo personal participó en un complot contra Hitler (lo cual le costó la vida: la insospechada y, entre teólogos, poco frecuente novedad del martirio). Monseñor Romero protagonizó una revolución eclesial (mayor que la que originan, normalmente, quienes se dedican explícitamente al cultivo del Espíritu), pero todo ello desde el rehacer la vida de Jesús: encarnación en la realidad de los pobres, misión al servicio del reino y en contra del antirreino, tomar la cruz...

guimiento con espíritu», pero no la acción del Espíritu con independencia del seguimiento.

Ésta es nuestra tesis fundamental, y queremos ilustrarla ahora desde la vida misma de Jesús de Nazaret. Determinada su estructura fundamental, hay que analizar si y cómo en ella se hace presente el Espíritu, de modo que —para nosotros— el seguimiento no sea sólo proseguir una vida histórica «ya sin espíritu», sino una vida que estuvo «llena de espíritu». En otras palabras, el Espíritu se hace presente no sólo en la *subjetividad* del seguidor de Jesús, sino también en el *objeto* de su seguimiento.

Pues bien, si volvemos a la historia de Jesús de Nazaret, nos encontramos, por una parte, con que Jesús habla poco del Espíritu y nada de su personalidad, pero, por otra, es presentado por los evangelistas como poseído por el Espíritu de Dios: en el bautismo, las tentaciones, la misión inaugural en la sinagoga de Nazaret... La tradición sinóptica incluso reifica ese Espíritu de alguna manera al considerarlo como una «fuerza», *exousia*, *dynamis*: «la fuerza que salía de él» (Mc 5, 30; Lc 8, 46).

Sin embargo, más que la interpretación reificante (y personalizante) de esa fuerza que salía de Jesús, los sinópticos muestran lo que a nuestro entender es más primigenio y fundamental: su vida está transida de una fuerza especial, es una «vida transida del Espíritu de Dios», con lo cual seguir hoy a Jesús en la historia será seguir a alguien que, en vida, estuvo lleno de Espíritu, y el seguimiento de ese «Jesús con espíritu» incluirá en el seguidor la disponibilidad a dejarse afectar por lo que sea «espíritu»⁵⁰.

Que Jesús vivió, actuó y murió «con espíritu» es innegable. Su vida para nada aparece como algo mecánico, sino que tiene que habérselas con la realidad de un modo determinado, novedoso y siempre por hacer. Esos determinados «modos» de habérselas con la realidad son «el espíritu» con que vive en los diversos ámbitos de realidad, lo cual puede ser interpretado, después, desde la fe, como manifestaciones del Espíritu de Dios. Veamos, organizando el material de forma sistemática, esas manifestaciones del Espíritu en Jesús: Espíritu de *novedad*, Espíritu de *verdad* y *vida*, Espíritu de *éxtasis* hacia el Padre.

50. Aunque a veces no se pueda distinguir con nitidez, escribimos «Espíritu» o «Espíritu de Dios» (con mayúscula) para referirnos al Espíritu Santo, la tercera persona de la Trinidad. Y escribimos «espíritu» (con minúscula) para referirnos a sus manifestaciones concretas en la historia.

2.3.1. Espíritu de lo nuevo

Jesús se pone como creatura ante Dios. En la escena de las tentaciones, editada para decirnos que Jesús discernió su voluntad sobre lo central de su vida, sólo en apariencia Jesús dialoga con el diablo; su verdadero interlocutor es Dios. Trata de discernir qué (nuevo) bien hay que hacer y cómo hacerlo. La vida de Jesús está transida de espíritu de *discernimiento*. Al servicio de lo que discierne está la libertad de Jesús. La ley, el templo, las tradiciones religiosas, fueron relativizadas, denunciadas o abolidas, según los casos. Y lo importante es que el ejercicio de esa libertad no fue para defender un ideal liberal, sino para defender el amor, la justicia, la misericordia. La vida de Jesús está transida de espíritu de *libertad*. Entre el comienzo y el final de su vida aparece una novedad impensada. Dios, reino, seguimiento, curaciones, son cosas muy distintas en los inicios en Galilea y en sus últimos días en Jerusalén. Jesús está abierto a la novedad: confía en un Dios-Padre cercano, pero que sigue siendo Dios-misterio inmanipulable. En apertura a esa novedad muere Jesús y se dirige al futuro definitivo. La vida de Jesús está transida de espíritu de *novedad* y de apertura al *futuro*.

2.3.2. Espíritu de verdad y vida

El Espíritu no sólo se manifiesta en *actitudes* sino que propicia contenidos. «Es Señor y dador de vida, y habló por los profetas». Para Jesús vivir él mismo significó propiciar vida, defender a aquellos a quienes les ha sido arrebatada la vida, y al propiciar la vida de los pobres el mismo Jesús vive. La vida de Jesús está transida del espíritu de *vida*. Jesús «hablaba con autoridad», convencido de lo que decía, no como los fanáticos irracionales o funcionarios a sueldo. No fue ingenuo sobre la verdad, ni daba por supuesto que abundase en este mundo, y ello no tanto por la ignorancia existente, sino por la mentira y el encubrimiento estructural de la realidad. De ahí sus controversias sobre la verdad, empezando por la verdad de Dios, su desenmascaramiento de lo que se quiere hacer pasar por Dios y no lo es, sus denuncias de los ídolos como activos rivales de Dios, que no son inanes, sino que actúan contra Dios. La vida de Jesús está transida del espíritu de *verdad*. La actividad de Jesús está guiada por el mandamiento nuevo y de ello «da ejemplo». La misericordia —que define al ser humano cabal (el buen samaritano) y al Padre celestial, quien, «movido a misericordia, salió al encuentro del hijo»— es también lo que define al mismo Jesús, quien actúa tras la petición «ten

misericordia de mí». La vida de Jesús está transida del espíritu de *amor y misericordia*.

2.3.3. Espíritu de éxtasis

La palabra es peligrosa porque puede apuntar a lo esotérico y ahistórico. Pero quizás es insustituible para mencionar esa acción específica del Espíritu de Dios que tiene fuerza para realizar el milagro de liberarnos y sacarnos de nosotros mismos. Pablo afirma que el Espíritu es el que nos hace llamar a Dios *Abba*, Padre, y así lo llama Jesús, con naturalidad, siempre, con la sola excepción de su grito en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». La vida de Jesús está transida de espíritu de *oración*. Su vida es una vida agraciada. En su misión no aparece *hybris* ni actitud prometeica, sino que en todo aparece la acogida a la iniciativa de Dios. Al reino hay que servir, pero éste crece aun cuando los humanos ni siquiera están velando. El reino hay que hacerlo, pero hay que pedir «venga tu reino». La vida de Jesús está transida de espíritu de *gratuidad*. Y en esto consiste el verdadero *éxtasis* de Jesús, su descentramiento fundamental, su salirse de sí mismo —y lo mencionamos porque lo extático suele ser la realidad que más específicamente suele atribuirse, a veces de formas improcedentes, al Espíritu—. De Jesús no se conocen situaciones convencionalmente extáticas, ni siquiera místicas, o situaciones de trance, pero sí se nos dice que «sale de sí mismo». En palabras nada extravagantes, sino hondamente históricas, Jesús sale de su propio yo —ese yo que tantas veces ha resonado triunfante: «Habéis oído, pero yo os digo»— y lo entrega al Padre: «Que no se haga lo que yo quiero sino lo que tú quieres».

Sea cual fuere la fortuna de este análisis, la conclusión es que la vida de Jesús está transida de espíritu, y eso independientemente de las palabras que pudo pronunciar sobre él. Y es que para Jesús, como para todo ser humano, el «ser espiritual» no se decide en el hablar *acerca del* Espíritu, sino en ser y hablar *en* el Espíritu y *con* espíritu. «Una fuerza salía de él». Y cuando esto ocurre, la fuerza de Dios se puede hacer presente «hasta para mover montañas», pero no como recaída en lo esotérico, sino como opción última para hacer el bien.

¿Qué significa todo esto para el conocimiento de Jesucristo? Significa que en el seguimiento del Jesús histórico no se reproduce hoy (mecánicamente) una vida (vívica por Jesús mecánicamente), sino que se reproduce y actualiza hoy (con espíritu) una vida (que fue vívida con espíritu). El seguimiento es, entonces, el lugar de historizar las manifestaciones del Espíritu y es el lugar de entrar en sintonía con el Espíritu de Dios. Y, desde ahí, es el lugar de reconocer

—doxológicamente— que es el Espíritu quien nos enseña quién es Jesús, que es la fuerza de Dios «para hacer cosas aun mayores».

El Nuevo Testamento, Calcedonia y las teologías posteriores tienen la audacia de formular la realidad última de Jesucristo. Lo que hemos querido decir en este capítulo es que su comprensión, sea cual fuere su conceptualización y verbalización, exige recorrer un camino teórico y un camino histórico. En ese camino se va haciendo la experiencia de si Jesús de Nazaret nos introduce en la historia de manera más adecuada, si nos capacita a vivirla de manera más humana, a descentrarnos para ser para otros, a caminar con esperanza hacia un futuro absoluto, desconocido, misterioso y utópico, a caminar con Dios y hacia Dios.

El camino en el que se puede hacer esa experiencia es, en último término, el seguimiento de Jesús, siempre historizado «con espíritu» y siempre actualizado por el «Espíritu de Dios». Esto es lo que significa el seguimiento de Jesús como principio epistemológico.